

LA POSMODERNIDAD Y LAS ALTERNATIVAS EN LA
EDUCACION

АНА МАРИА САМБЛОНГ

Hablar de posmodernidad supone ya una retórica, a pasar de tener una tradición tan reciente, que cualquiera que haya frecuentado la bibliografía o haya escuchado comentarios sobre el tema, está en condiciones de reconocer.

Esta retórica estipula algunos lugares comunes que no intentamos evadir. Así, resulta de rigor iniciar el tratado incurriendo al menos en estas tres preguntas:

1. ¿Existe la posmodernidad?;

2. si existe, ¿es la continuación de los principios modernos?, o ¿es la marca del fin de la modernidad y el comienzo de otra era?;

3. ¿qué vigencia o qué legitimidad tiene este concepto aplicado a la experiencia histórica y a la situación presente de América Latina?

Muy sintéticamente explícito las posibles respuestas que podría ensayar -por ahora- desde mi posición al primer interrogante, acerca de la existencia de "esto". (o según Onetti: "... esa broma que las derechas quieren universal, saben pagar bien a sus creyentes y la bautizan posmodernismo"), entiendo que en efecto existe, con el déficit en mi contra de que nadie haya tenido la deferencia de pagarme para "crear" en su existencia. Mi aseveración se basa en un supuesto muy simple: "posmodernismo" como conceptualización, sea una broma o un axioma, adquiere su existencia inequívoca e irrefutable en la concreta maraña de discursos que lo construyen o lo destruyen; se puede argumentar contra su pertinencia, pero sería semióticamente prudente no caer en la tentación de negar su presencia en la discursividad contemporánea. Obviamente, posmodernismo es una interpreta-

ción (filosófica, sociológica, antropológica, estética, etc.) de la configuración histórica de las postrimerías del siglo. Es un interpretante, o mejor, son múltiples interpretantes que en el fragor del debate, si bien pueden ser denostados, al menos merecen la perogrullada de reconocerlos como vigentes. Aceptada la hipótesis de su existencia, corresponde adentrarnos en la segunda cuestión, esto es, su conflictiva relación de continuidad o ruptura respecto de los postulados modernos. Estimo -por ahora- que se trata de un movimiento paradójico, puesto que: por un lado, exhibe y se sustenta en los logros, por no decir en los triunfos exasperados del proyecto moderno (expansión planetaria del capitalismo, hegemonía de la ciencia, progreso infinito de la tecnología, dominio de la cibernética producto de la alianza entre ciencia y técnica, pero por otro lado, la situación y los discursos del mundo posmoderno emergen del desgarramiento, del quiebre insoslayable de la descomunal empresa moderna. La polémica posmoderna plantea una ponderación crítica de los fines y los resultados de la modernidad y propone nuevos valores. Por ejemplo se interroga: ¿en qué consiste el "éxito" o la "victoria" para los pobres y confinados en ese "tercer mundo" excluido -como corresponde a una impecable lógica aristotélica- es que el tercero es el vencido, replica nuestro refrán. Se interroga: ¿hasta qué límites el poder omnímodo de la razón tensará la cuerda para justificar los horrores irracionales? ¿cuál es la lógica?... en fin, con un hilo de voz el discurso posmoderno, desde su "insoportable levedad", ya no increpa altivamente al poder indagando: ¿hasta cuándo abusarás de nuestra paciencia?, sino más bien, con irónico escepticismo le dice como al pasar a la épica moderna: y ¿... qué sentido tiene?.

Dejo flotando la pregunta para retomarla más adelante.

A partir de estas astutas aproximaciones el posmodernismo saca de su galera monstruos que se creían exterminados: la contingencia, la ambigüedad, lo fragmentario, lo discontinuo, lo paradójico, el descentramiento o la atomización del yo, la otredad, el placer. La sensibilidad, lo artificial, el mal gusto o kitsch, la debilidad, la pluralidad, la diferencia, los juegos, las minorías, "las ciencias blandas", etc. Hago una enumeración errática, caótica, es decir hago una enumeración "posmo".

Para terminar con un poco más de precisión esta controvertida relación del posmodernismo con "los tiempos modernos", hago mías las palabras de Eugenio Dotti: "todo proceso cultural se define al nombrarse a sí mismo en el presente y al marcar la propia alteridad frente a antes" (DOTTI; 1986; 10).

Dije que contestaba desde mi posición, pero no dije cuál es la posición desde la que hablo. La geografía

* Ana María Camblong es Profesora en Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Especialista en crítica literaria y en Semiótica. Directora del Programa de Semiótica de la Secretaría de Investigación. Titular de Semiótica I y II en la carreras de Letras. Ha realizado investigaciones y publicaciones sobre la problemática del bilingüismo en la escuela rural de la Provincia de Misiones.

Contratada por la Universidad de París y la UNESCO para dirigir el tomo dedicado a Macedonio Fernández en la colección especializada de Archivos.

simbólica indica un punto desde el que emerge este discurso dibujando unas pocas coordenadas y unas dobles fronteras: hablo desde el tercer mundo, que ahora también existe gracias a la poesía; hablo desde una provincia periférica, toda ella al borde-del-mapa, soy una intelectual de provincia; hablo desde la educación y la docencia, postergadas, desprestigiadas, sobrevivientes; hablo desde la universidad pública, acorralada en sus propios claustros, empujada a los espacios perversos de la violencia; hablo desde las ciencias "blandas", las descalificadas humanidades y ciencias sociales, que pueden parlotear sus teorías sin presupuesto ya que no aportan nada concreto; hablo desde la reciénvenida Semiótica, sin linajes académicos, que también interroga acerca del sentido; y como si esto fuera poco, hablo desde mi condición femenina conllevando las huellas de las históricas heridas... Esto no es un lamento ni una protesta: es situar la enunciación... en uno de los últimos orejones del tarro. Se habla desde abajo, desde el límite, se habla desde la **debilidad**, no para claudicar, ni para levantar un reclamo trágico, sino para aceptar la necesidad de estar situada en un contexto desde el que mis enunciados potencian sus significaciones.

El lugar de la debilidad permite darse cuenta de las contundencias de la **fuerza**: "El elemento que introduce la ruptura en cualquier equilibrio físico, humano y social, se encuentra constituido por la **fuerza**. Ahora bien, es típico de la fuerza el ser **irreversible**. (...) La noción de irreversibilidad de la fuerza (...) no se refiere sólo a la imposibilidad de controlar los efectos de la fuerza, sino a la ilusión de dominarla. La fuerza es lo irreparable" (DAL LAGO; 1990; 134-5). Reconocer desde la debilidad la fuerza que presiona -como una soberana desconsiderada- es repudiarla y al mismo tiempo aceptar la responsabilidad que exige estar en dicho puesto. Aceptar el puesto de la debilidad es poner en marcha la "andadura de la inteligencia" y es interrogar con ironía y hasta con cinismo: pero... ¿cuál es el sentido? La recurrencia de esta pregunta en mi discurso y en mi vida, en la teoría y en práctica de mi situación débil sustenta un combate cotidiano que busca y genera alternativas con implacable resistencia. La estrategia consiste en asumir la ubicuidad de la fuerza y fustigarla con ironía, mientras se aprovecha todo intersticio, toda imaginación, todo resto, todo entusiasmo, toda posibilidad para inventar alternativas. Hay entonces una **ética de la debilidad** -propuesta por la filósofa Simone Weil- que solicita la aceptación del lugar sobre el que actúan múltiples fuerzas, pero que no nos exime de la responsabilidad de procurar el consenso, de sostener la solidaridad y de buscar alternativas.

Si esto es así, entonces analicemos algunas características de la condición posmoderna con el fin de plantear

la pertinencia o no de perseguir alternativas en la educación, o bien, la pertinencia o no de una educación alternativa, sin perder de vista que esta interpretación se construye desde el lugar antes indicado.

Un postulado de base podría ser admitir que "la sociedad en la que vivimos es una sociedad de la comunicación generalizada, la sociedad de los *mass media*". La comunicación generalizada no implica una sociedad más transparente, más racional, más ordenada como había previsto el proyecto moderno, sino por el contrario habitamos una sociedad más compleja, más polifónica, más heterogénea, más caótica. Tomando este punto de partida podremos recorrer diversos itinerarios posmodernos y las implicaduras que consideremos más relevantes para esta ocasión (CF. VATTIMO; 1990;73-87).

En primer término abordemos el peligro cierto de los medios masivos y de las redes de informática que ejercen un "control arterial" sobre la ciudadanía; la homologación de la opinión imponiendo los temas, estereotipando los discursos, banalizando los significados y vaciando el sentido. Pero simultáneamente, junto al gran peligro del totalitarismo de la manipulación tendenciosa de las amenazas de los grandes centros monopólicos y transnacionales, en los últimos años han tomado la palabra minorías antes marginadas o negadas; han emergido al escenario de la opinión pública grupos, culturas y subculturas hasta no hace mucho soterradas por la fuerza del silencio: los negros, los barrios, los homosexuales, los presos, las mujeres, los ancianos y niños, los torturados, los desocupados, etc. Es verdad que no siempre alcanzó para una independencia o una transformación radical, pero no es menos cierto que contribuyó a su organización, a su lucha y a la construcción de su presencia y su defensa en el campo social.

Esta proliferación de voces e imágenes obedece a que "la misma 'lógica del mercado' de la información reclama una continua dilatación del mercado exigiendo consiguientemente que 'todo' se convierta en objeto de comunicación" (VATTIMO; 1990;79). Esta vorágine desata múltiples consecuencias no previstas por la arrogancia de la razón, por los centros de poder, ni por los objetivos de la modernidad. Señalemos algunas implicaciones paradójicas: el mero hecho de estar inmerso en la pluralidad de lenguajes le confiere al hombre de fin de siglo una experiencia concreta y cotidiana de lo heterogéneo, de las diferencias y lo plural. Por consiguiente, entra en crisis la explicación unitaria que dio la razón iluminista de la historia y del mundo: hoy cualquiera sabe que no hay «un mundo» sino varios mundos posibles: hoy cualquiera sabe que hay muchas historias ("quien quiera oír que oiga") y que dichos procesos no siguen el vector unidireccional de la civilización y del progreso; hoy cualquiera

sabe también, que las orientaciones marcadas por el autoritarismo de la razón universal, encarnado principalmente en el discurso de la ciencia y en el eficiente operar de la tecnología, no condujeron al paraíso sino más bien a la tragedia ecológica, al despotismo ilustrado de los que almacenan y esconden información, a la amenaza del Apocalipsis nuclear, no como una profecía sino como un acontecimiento histórico y presente en la vida diaria.

Es decir que *"la intensificación de las posibilidades de información sobre la realidad en sus más diversos aspectos vuelve cada vez menos concebible la idea misma de 'una' realidad. (...) Realidad para nosotros, es más bien el resultado del entrecruzarse, de las múltiples imágenes, interpretaciones y reconstrucciones que compiten entre sí, o de cualquier manera, sin coordinación 'central' alguna, que distribuyen los medios..."* (VATTIMO, 1990:81).

La "realidad" se cuenta, se muestra, se representa no sólo por diversos medios, sino también con diferentes perspectivas, distintos recortes, incontables combinaciones y estrategias. Esto es lo que se denomina "la fabulación del mundo", el "espectáculo del mundo" o bien, el "mundo como espectáculo" que se caracteriza por imprimir una oscilación y una dinámica ambigüedad entre las fronteras de ficción/realidad, acontecimiento/representación, vigilia/sueño: entra en crisis el principio de realidad y por ende el o los sentidos de la realidad. Así, "la realidad" que la razón ordenó con su coherencia, con la relación causa-efecto, con la finalidad de dominar la naturaleza y los objetos rigurosamente "mensurables, manipulables y sustituibles", redujo también a los hombres, a tales condiciones.

No abominó de la Ciencia, ni de los aportes que incorporó a la Historia, pero desde la ética de la debilidad no se puede dejar de registrar la fuerza omnívota que ejerció construyendo "una realidad" que dejó afuera o destruyó todo lo que no se ajustaba a sus designios o que ella no fuera capaz de explicar.

Creo que el discurso de los jóvenes cuando dice con gracia y sin patetismo esta realidad-ficcional, este imaginario multifacético, estos mundos heteróclitos respondiendo a diferentes lógicas, cuando dicen: "¡cada cual con su película, loco!". El apelativo "loco" no es peyorativo, sino marca de complicidad contractual de los que no encuentran tan "razonable" el orden que le proponen desde los distintos lugares de poder, pero sobretudo desde la escuela: si eso es lo cuerdo, bueno es ser loco. Cabe notar que la "película" que cada uno lleva consigo, es su modo de mirar el mundo, es su modo de concebir la experiencia y el modo en que sus prácticas se cumplen; es decir lo imaginario y lo real son campos intersectados

de mil maneras, sus límites son cambiantes y se confunde vertiginosamente, esto es, **son una sola película...**

Me detengo en la metáfora del cine porque se trata de un lenguaje que materializa rasgos idiosincrásicos de la interpretación posmoderna: en primer término, el movimiento, la fugacidad, la rapidez con que suceden los acontecimientos y el entrenamiento que supone en el receptor para comprenderlos; en segundo término, la discontinuidad, lo fragmentario y la economía de la representación, que salta de un plano a otro, de un espacio a otro, de un tiempo a otro, no importa si fue hace miles de años o será en un futuro lejano, de un tiempo a otro, todo sucede en presente, estamos en presente-perpetuo. El tiempo del posmodernismo es el **presente**: si el pasado es una impotencia y no hay futuro (Sex Pistol *dixit*) entonces, el presente se impone efímero pero absoluto y contundente. En tercer término, esta multiplicidad de posibilidades en la combinatoria de relaciones no hace más que mostrar e insistir en que es posible concebir otros mundos. que el lenguaje, o mejor dicho, los lenguajes o los signos, son capaces de abrir mundos, son capaces de cambiar todas las relaciones del cosmos.

Así, el sujeto posmoderno comprende que necesita ser rápido en el manejo de los lenguajes, sabe que tiene fragmentos diversos y mezclados, también sabe que las direcciones de significación dependen de los encadenamientos, de la sintaxis, que le asigne, que seleccione su ordenador: el sujeto posmoderno comprueba que la construcción del universo está en la combinación de las diferencias... el *zapping* es una práctica privilegiada en este sentido.

Retomando la relevancia ilustrativa que hemos conferido al lenguaje fílmico pensemos en las características del videoclip, una creación alternativa, cuya estética dramatiza la condición posmoderna de la experiencia humana: lo heterogéneo, lo fragmentario, la yuxtaposición o el pasaje cada vez más acelerado de una situación a otra, la incorporación de lo imaginario, de lo alucinatorio, de lo ficcional a la escena de la realidad cotidiana, el tratamiento excéntrico, arbitrario de la imagen y el color. Una estética del contraste violento que entrapa al espectador en una secuencia discontinua de impactos audiovisuales poniendo en estallido la posibilidad de «un sentido», el juego consiste en percibir la diseminación de las significaciones y en las infinitas derivas del sentido. El receptor se adentra en un mundo de instantes, de partículas de acontecimientos, de mínimos recortes (arte minimalista), su percepción y su vivencia es la de FLASH. No en vano la jerga adolescente inventó el verbo «flash-ear», un híbrido lingüístico que «dice» esta singular experiencia metida en el suceder cotidiano, no sólo en el

Por esta vía desembocamos en un aspecto fundamental de la era posmoderna: el fin del mito de la transparencia... ¿Qué significa esto? En primer término, significa que el lenguaje, o en un sentido amplio los lenguajes, no son simples medios, no son transparentes y neutros. El discurso radial, televisivo, fílmico, oral y escrito, y todas las variantes tecnológicas de mediación que se quieren agregar, imponen reglas distintas que afectan su factura, su construcción, sus formas y estrategias, que al mismo tiempo imponen a los contextos y a los interlocutores involucrados cambios y transformaciones que no dejan indemne el fondo de la cuestión. No se trata de decir lo mismo que veníamos diciendo desde el modernismo con «otros medios»: se trata más bien de la evidencia de la opacidad de los lenguajes, se trata de la capacidad del discurso de transformar y abrir mundos. El juego lingüístico -los juegos signícos- no sólo obedecen a una gramática, sino que la inventan o la transforman articulando una complicada y densa textura simbólica que nos contiene, que nos atraviesa, que nos sujeta... estamos «sujetos» a los lenguajes y hacemos «uso» de los lenguajes para convertirnos en «sujetos», de modo que nadie juega desde fuera del lenguaje, sino por el contrario, siempre estamos «jugados» en él; por otra parte, como bien lo indicara Wittgenstein uno nunca juega un único juego lingüístico, sino a varios a la vez: la pluralidad nos habita y la ejercemos con destreza.

Estas postulaciones semióticas, lingüísticas, antropológicas, filosóficas, cuestionan el mito racionalista acerca de lo unitario y de **la transparencia**. El efecto paradójico revuelve el caldero de la historia: la «gran desmitificadora» de los últimos siglos, la soberbia razón, urdió y sostuvo un «relato» que se desenmascara desde los propios discursos científicos y filosóficos. La modernidad con su concepto de lenguaje neutral, objetivo, aséptico, respondiendo al ordenador universal de la razón, no hacía otra cosa que jugar un determinado juego, no hacía otra cosa que emplear y perfeccionar las figuras de una determinada retórica, no hacía otra cosa que narrar la historia desde un punto de vista, es decir: no hacía otra cosa que ejercer un poder desmesurado. Pero resulta que la «gran desmitificadora», la ciencia, también es humana, y por ende es necesario que conozca sus límites. El físico Prigoyine comprobando que un golpe de fuerzas no abolirá el azar afirma: *«Sólo la libertad humana puede poner límites a las empresas de la razón»* (PRIGOYINE, 1991; 211).

Me parece factible interpretar, con los autores especialistas, en este quiebre, en este develamiento, en esta hipótesis de trabajo, un epígono de la modernidad y la inauguración de otro tiempo. Interpretación que no desmiente, ni excluye las presencias modernas, pero en

un contexto conflictivo y contradictorio que se dio en llamar posmodernismo.

En una sociedad de comunicación multiplicada y de innumerables culturas coexistiendo, ya no se sostienen los «grandes relatos», han perdido su credibilidad, sea cual fuera el modo de unificación que se le haya asignado -como dice Lyotard-, *«La crisis del saber científico procede de la erosión interna del principio de legitimidad del saber»*. En todo caso lo que legitima el discurso de la ciencia posmoderna es la explicitación de la reglas de juego que le confieren validez. Lamentarse de «la pérdida del sentido» en el campo del saber en la posmodernidad consiste en dolerse porque el saber ya no es narrativo, es la nostalgia por los ordenamientos universales, fijos, permanentes y tranquilizadores. Es la melancolía por el «ser», estable y esencial. El hombre posmoderno no es la «casa del ser», sino la «caja de resonancia» de los lenguajes y de los juegos habidos y por haber.

Así podríamos seguir enumerando características y consecuencias de singular importancia, transformaciones que afectan radicalmente la construcción y la deconstrucción del mundo, o mejor: de los mundos posibles. Pero focalicemos esta problemática en el ámbito que nos convoca: el saber y la educación. Estas turbulencias provocadas por los juegos lingüísticos posmodernos golpean con insistencia sobre los prolijos paradigmas que consolidó el neo-positivismo; las constelaciones epistemológicas, con sus órbitas delineadas con nitidez, experimentan riesgosos grados de entropía y de oscilación. Las delimitaciones clásicas de los diversos campos científicos, quedan sometidas a una dinámica en la que desaparecen disciplinas, aparecen otras; se cuestionan verdades axiomáticas y se postulan otros marcos de pensamiento; se adoptan metodologías heterodoxas y audaces en la búsqueda de «otros juegos» del saber.

La práctica pedagógica se desorienta, y va de un extremo al otro: o bien postula una explicación rígida, completa, cerrada, o bien transita una relatividad que confunde parámetros, categorías y se desentiende de toda rigurosidad.

No podemos hacernos los distraídos hablando desde la UNIVERSIDAD, la institución que ha portado y custodiado los estandartes más preciados de la epopeya moderna; el tembladeral de los cimientos universitarios no responde únicamente a una política nacional desaprensiva, sino que obedece también al replanteo que le solicita la sociedad posmoderna desde el interior de su quehacer específico. Tal como lo advierte Lyotard:

«el saber se encuentra o se encontrará afectado en dos principales funciones: la investigación y la transmisión de conocimiento»...

En esta transformación general, la naturaleza del saber no queda intacta. La orientación de las nuevas investigaciones se subordinará a la condición de traducibilidad de los eventuales resultados a un lenguaje de máquina. Con la hegemonía de la informática se impone una cierta lógica, y por ende una serie de prescripciones respecto de los enunciados que serán aceptados como saber.

Tales condiciones modelizan un sistema tecnológico de educación, que Susana José explica de la siguiente manera:

«El criterio de funcionalidad y performatividad ordena un cuerpo teórico que tiene como modelo la cibernética: el sistema se programa a sí mismo como una máquina inteligente que tiende a la optimización, toda alteración o innovación es tratada como un reajuste incorporable para el mejoramiento del conjunto.»

En este sistema imaginado como abistórico, la función de la educación consiste en la transmisión de aquellos saberes pasibles a ser traducidos a unidades informáticas. La didáctica es confiada a memorias computarizadas y a bancos de datos con terminales inteligentes. (...)

La pedagogía, en tanto, se hace cargo de la enseñanza del uso de las terminales y 'de un manejo más sutil de juegos de lenguajes que es la interrogación: a dónde dirigir la pregunta?, es decir, ¿cómo formularla para evitar los errores?' (REVISTA ESPACIOS, 1986; 20).

Entre estas consideraciones resulta indispensable tener presente que en el orden de fin de siglo «el saber es y será producido para ser vendido, y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción: en los dos casos, para ser cambiado», según Lyotard. Deja de ser en sí mismo un fin, pierde o disminuye su valor de uso para enfatizar el valor de cambio.

Este planteo que tal vez a muchos de los presentes le suene un poco lejano para el Tercer Mundo, sin embargo tiene ya sus evidentes síntomas de presencia en nuestra Universidad. Puede ser que en otros niveles de la educación, el modelo cibernético no haya todavía impuesto sus reglas de juego, pero en este sentido es impensable -salvo una catástrofe histórica- que el desarrollo tecnológico detenga su avance sobre el sistema educativo. Urge entonces enfrentar institucionalmente tales demandas e ir creando estrategias para los diferentes momentos de la incorporación de la informatización a cada uno de los niveles educativos. Uno de los aforismos posmodernos podría ser: todos somos digitalizables... o no somos.

Ahora bien, la convulsión de los lenguajes y su correlato en lo que se valora como **saber** atañe a los

sujetos comprometidos en los juegos y a sus vínculos. Desde este punto de vista podemos prever que el saber mediatizado supone un modelo político-pedagógico que descarta, o reduce a mínimo, la presencia de conflictos en la circulación y acumulación del conocimiento, que no solicita sujetos creativos y transformadores, sino «*nudos discursivos consumidores de saberes-mercancías de las que se abasiecen en grandes supermercados del conocimiento*» (ESPACIOS, 1986, 21).

Como se podrá apreciar, tanto el sujeto cuanto las redes vinculares responden a un ordenamiento sofisticadamente «racional», de movimientos altamente previsibles y despolitizados; se trata del paisaje y del protagonista que dramatizan el proyecto moderno en su carrera hacia el progreso.

Sin embargo, en esta misma trama sociocultural, la enseñanza no asegura exclusivamente la reproducción de competencias sino también los procedimientos capaces de conectar campos de saberes, la posibilidad de manejar una pluralidad de lenguajes, lo que permite -en la investigación- la creación de nuevos saberes por medio de la relación imaginativa-inventiva entre los diferentes juegos de lenguajes. Como en todos los tiempos de la Humanidad, no se puede obviar la capacidad creadora -que no descansa- y cuyas «aventuras» no son tan previsibles. Estimo que la posibilidad de crear, supone una redefinición de sus términos, pero sería una simplificación considerar que la sociedad y el sujeto posmodernos han extraviado la creatividad. Los diagnósticos apocalípticos o las posiciones empecinadas en no considerar alternativas diferentes para el **nuevo orden**, se agotan en sí mismas sin transformar nada, con la consiguiente esterilidad política y social que corresponde.

Coloquemos nuestro análisis en América Latina -respuesta que dejamos pendiente al inicio- ¿Tiene sentido hablar de posmodernismo en Latinoamérica?

En primer término, hago la salvedad de que tomé la precaución de no utilizar los conceptos «posindustrial» o «capitalismo tardío» que los autores articulan en el despliegue discursivo posmoderno al referirse a los aspectos económicos. Sucede que América Latina, que en el discurso de las macro-teorías pasó del «subdesarrollo» a «estar en vías de desarrollo», nunca alcanzó el desarrollo y las etapas que transita el Primer Mundo. No obstante su postergada situación económica, es legítimo indagar aspectos posmodernos en el ámbito sociocultural. Entiendo que las variables económicas no determinan unidireccionalmente los procesos culturales; intervienen sí -qué duda cabe- pero el acontecer sociocultural aporta sus propios componentes e imprime a la retícula simbólica modelizaciones que no dependen exclusivamente de lo económico. En todo caso, lo que sí resulta indispensable

consignar en esta ponderación es que los grados de desarrollo en Latinoamérica son muy diversos y están distribuidos de múltiples maneras; en el mapa geográfico y social los contrastes violentos son típicos del Tercer Mundo.

Así las cosas, las grandes metrópolis, las clases medias y altas, «respiran» -con variantes- una atmósfera posmoderna. La comunicación generalizada de los media pone en circulación la discursividad posmoderna y la polifonía de su reiteración van gestando una pregnancia que contribuye notablemente a la generación de un clima, de un perfil estético y ético, a la configuración de estilos y costumbres, es decir, a la urdimbre de una retórica posmoderna que imprime sus marcas semióticas en las prácticas y los discursos.

Desde otro ángulo, sería interesante auscultar con más cuidado las hipotéticas sugerencias de Vattimo, cuando opina lo siguiente:

«Si lo moderno estuvo guiado por las culturas anglosajonas, ¿no podría la posmodernidad ser la época de las culturas latinas? Me hago cargo de los riesgos de este discurso (...) Se esconden, no obstante, aquí, muchas posibilidades y sugerencias, algunas de las cuales revisten un carácter plenamente razonable y de dignidad «científica». ¿No es verdad que quizá la popularidad de la hermenéutica en la cultura de hoy podría estar indicando también el retorno de una cierta cultura barroca (...) ? (no es casual que Omar Calabrese, un autor italiano, haya propuesto leer la posmodernidad como edad neo-barroca). Y si a estas sugerencias (...) se añade el peso que un subcontinente como la América Latina parece estar destinado a tener en la historia de nuestro futuro inmediato, todo este discurso sobre el posible acento Latino de la posmodernidad, el que podría depararle una fortuna cercana, puede empezar a resultar mucho menos arbitrario» (VATTIMO; 69-70).

Nosotros compartimos este riesgo y emprendemos un derrotero interpretativo que parte del entrañable barroquismo que signa las expresiones artísticas de las culturas latinoamericanas fecundos en los encontronazos y mestizajes de la conquista y la colonia. Y recalamos la lectura en el fructífero 'neobarroco' que el Siglo XX latinoamericano elaboró en un fantástico y genial reciclaje de tópicos, procedimientos, estilos, visión del mundo del barroco luso-hispánico; se encontró en este movimiento una veta profunda, diferente, auténtica de nuestra mirada y nuestro hacer, de nuestra realidad y nuestros mitos, de nuestra opresión y nuestra libertad, de nuestro desencanto y nuestra dignidad, de nuestra vecindad con la muerte y nuestra pertinaz feracidad, de nuestro desgarrado silenciado y nuestro júbilo exultante.

Cualquier página de la literatura neobarroca latinoamericana pone en escena cuestiones, que hoy se atribuyen al posmodernismo, tales como: la presencia de los contrastes en fricción, la fugacidad del tiempo y el «carpe diem», la errancia o inestabilidad del sentido, lo múltiple y abigarrado, los lindes vacilantes entre realidad/ficción, vigilia/sueño, historia/fábula, el desengaño y la ironía, la violencia atropellando la carne y los signos, etc. Entonces, por esas encrucijadas desconcertantes que tiene la historia, cuando la mirada posmoderna del primer mundo enfocó las venas abiertas de América Latina, descubrió con asombro que nosotros éramos unos «autóctonos posmodernos»... Es claro: ¿quién nos puede enseñar algo más sobre el desencanto? ¿quién nos puede alertar acerca de la importancia de «diferencia»? ¿quién nos puede contar acerca de la pérdida del sentido? ¿quién se atrevería a sugerirnos estrategias para vivir al día? ¿quién se animaría a darnos ejemplos sobre la fabulación del mundo? ¿qué violencia podría ser más violenta que la que se ejerció sobre nosotros? ¿quién sería capaz de explicarnos lo que significa hablar desde la debilidad?

Es verdad que ahí están las perplejas convergencias que halló el intelectual posmoderno en el «otro-mundo», pero no es menos cierto que nuestra ética pone en rotación los interpretantes y le advierte, desde el conceptismo neobarroco de Borges: «no nos une el amor, sino el espanto», y desde el humor popular de Fontanarrosa agrega: «no sé si he sido claro»...

Creo que queda bastante incompleta mi respuesta, pero al menos insinúo el rumbo de mi interpretación: no se trata de adoptar alegremente un remedo de ritmo yupi, un estereotipado gesto light y una escucha melanco y tilinga de los Beatles y de Sandro; se trata de intentar una lectura fuerte desde la debilidad barroca... Es que leo desde el «mundo del revés (tema barroco si los hay) y registro con obvedad que el tedio y el desencanto primermundista se gestan en el hartazgo y el fin-de-fiesta; nuestros desencantos se cultivan en el esfuerzo pavoroso que tuvimos que hacer para pagar -seguir pagando- la fiesta; nuestra familiaridad con lo heterogéneo y las fricciones violentas anuda en los coloniajes históricos impuestos a través del choque de culturas, de lenguas y de cuerpos; el aluvión violento de «diferencias» primermundistas, obedece a la intrusión de los colonizados en sus propios países, poniendo en evidencia en sus mismas calles, subterráneos, cocinas y fábricas, el impacto de sus culturas, sus lenguas y sus cuerpos: es decir, «lo mismo», pero al revés»... y así sucesivamente.

Y en «este mundo» educamos, y persistimos en preguntarnos si hay alternativas...

Se puede conjeturar que la tendencia tecnocrática y cibernética sigue su camino y se disemina -con las

desigualdades que nos caracterizan- en los distintos niveles educativos; habrá que prepararse con máquinas y pedagogías especiales, No creo que esté ahí la clave del problema. En mi criterio el nudo gordiano se centra en las estrategias comunicativas... Me parece que en los ámbitos educativos formales nuestros circuitos, nuestras formas y nuestros vínculos permanecen tan empantanados, tan estereotipados, que dificultan el juego; o peor, que juegan un sólo juego (bastante aburrido).

Sería un contrasentido de mi parte «recetar» la alternativa. Deben haber muchísimas alternativas, pero éstas irán emergiendo en la medida que pluralicemos nuestros juegos lingüísticos en particular y comunicativos en general. No habría que tenerle tanto miedo a la cantidad de discursos diciendo y contradiciendo (en el saber, en el aula, en el gobierno de la educación); no habría que tenerle tanto miedo a la iniciativa de los grupos (con sus «películas», con sus líderes, con sus propias motivaciones); no habría que tenerle miedo a los juegos que abren mundos con nuevas lógicas y nuevos órdenes (juego democrático, juego humorístico, juego de las inteligencias); en síntesis, para generar alternativas, NO HABRIA QUE TENER TANTO MIEDO...

Finalmente, siempre hablando desde la debilidad, tal vez para nosotros los latinoamericanos es una alternativa imaginar que, cuando en la ruleta posmoderna del primer mundo se grite con hastío: no va más... nosotros invirtiendo reglas, recién apostemos y empecemos nuestro juego...

BIBLIOGRAFIA

CASULLO, N. (comp.)

1989 *El debate, Modernidad-posmodernidad*, Bs.As. Puntosur, Eds.

FOLLARI, R. A.

1990 *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina*, Bs.As., Aique Grupo Ed.

FOSTER, H. (Comp.)

1985 *La posmodernidad*, México, Koairos.

JAMESON, F.

1991 *Ensayos sobre el posmodernismo*, Bs.As. Eds. Imago Mundi.

LYOTARD, J. F.

1986 *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra.

PRIGOYINE, I. e I. STENGERS

1991 *Entre el tiempo y la eternidad*, Barcelona, Paidós.

VATTIMO, G.

1989 *La sociedad transparente*, Barcelona, Paidós.

VATTIMO, G. y P.A. ROVATTI (comps)

1990 *El pensamiento débil*, Barcelona, Cátedra, (esta compilación incluye el artículo de A. dal Lago «La ética de la debilidad. Simone Weil y el nihilismo»).

REVISTAS

Espacios de crítica y producción, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, N.º 4/5, Nov./Dic. 1986.

Punto de vista, Bs.As. N.º 31, Nov./Dic. 1987.

Punto de Vista, Bs.As. N.º 33, Set./Dic. 1988.